

Socialdemocracia: opción capitalista al anticomunismo mexicano

Capitalismo o comunismo. No hay puntos intermedios, hay matices, sí, pero cada uno de ellos corresponde a cualquiera de ambas corrientes. En el capitalismo coexisten desde las dictaduras militares, auspiciadas por el imperalismo norteamericano, hasta las variadas revisiones de la socialdemocracia, tolerada por la misma potencia imperial. Todas ellas son formas de capitalismo, todas ellas son, en el fondo, anticomunistas.

Para un país como México, el problema es la defensa del capitalismo, la cual cada día es más difícil para la clase gobernante. En los países imperiales, concretamente para Estados Unidos, el problema estriba en conservar la hegemonía mundial. Su competidor *no es un país*, es la superación histórica del capitalismo, que genéricamente se llama comunismo.

Para los países subdesarrollados y dependientes del mundo capitalista surgen, en la actualidad, caminos de desarrollo sinuosos y accidentados. Por un lado, padecen las agresiones imperiales que no vacilan en propiciar la ruptura de toda forma de democracia, hasta la más elemental, y por el otro, sus clases dominantes se ven asediadas por el riesgo de dejar de ser dominantes, por las contradicciones que el mismo capitalismo ha generado en el interior de estos países.

Para estos países, la alternativa general es: desarrollo capitalista dependiente o socialismo. Sin embargo en la primera opción está presente, en todo momento, la vía del gobierno militar o la del gobierno civil. Para que éste —el civil— sea posible, no se ha encontrado hasta ahora más fórmula que detener el empuje ascendente de las masas inconformes, con base en una mayor intervención del Estado en la economía y la disminución de las diferencias sociales, en menoscabo de los privilegios excesivos del capital. Ésta es la fórmula que plantea, gruesamente, la socialdemocracia.

El uso de una fórmula como la descrita, supone el mantenimiento de un alto grado de estabilidad política y económica. Si las contradicciones internas generadas por el capitalismo afloraran, de tal manera que no hubiera más esa estabilidad, la cercanía a movimientos sociales que propusieran el socialismo, aumentarían las posibilidades de que el país imperial propiciara, no una invasión (que a corto plazo, después de Vietnam sería rechazada por el mismo pueblo norteamericano), pero sí la instauración de gobiernos militares que garantizaran el "orden y el progreso" favorable a los Estados Unidos.

En otros términos, cuidar la imagen de estabilidad para los países imperiales, significa la represión de la inconformidad interna, producto de la explotación capitalista nacional y extranjera. Implica, obviamente, por cuanto

a política de masas se refiere, suprimir cierto tipo de libertades, particularmente aquellas que atentan contra el poder establecido.

Mientras sea el capital el que module el tipo de gobierno en México, es claro que la clase gobernante buscará las formas que le permitan garantizar el crecimiento económico con un mínimo de estabilidad, el suficiente para que el capitalismo subsista. No es casual que, en esta perspectiva, se tengan los ojos puestos en la socialdemocracia, cuyos líderes más conspicuos, después de una reunión en la cumbre, en Caracas, han realizado una significativa visita de apoyo a López Portillo en México.

Desde el punto de vista político y de la organización institucional, México se ha venido desarrollando en los marcos de un modelo difuso, imperfecto y nunca confesado de socialdemocracia, pero sin afiliación directa a ella.

Pareciera que la facción hegemónica actual de la clase gobernante está esperando el momento en que la facción moderna del gran capital sea, a su vez, hegemónica en su clase, para sin ambages afiliarse a la socialdemocracia, como modelo real. Un argumento que favorecería esta hipótesis, sería que, mientras no haya una facción fuerte, sólida y bien diferenciada, además de moderna, que tenga la hegemonía en la clase económica dominante moderna, al grado de poder subordinar el resto a su propia dinámica, la táctica de la socialdemocracia tendría que posponerse, so pena de asustar a los tímidos capitalistas mexicanos, que son todavía muchos. Éstos no verían en la socialdemocracia la alternativa adecuada para la supervivencia del capitalismo, de *su* capitalismo pusilánime y decimonónico.

La socialdemocracia parece ser por el momento la alternativa al socialismo —tan temido por nuestros capitalistas y los extranjeros— y la opción ante la dictadura militar como forma de preservar el capitalismo.

Mientras tanto, ante la emergencia popular de obreros y campesinos, se hacen declaraciones anticomunistas encaminadas a demostrar a los Estados Unidos y a los grupos conservadores nacionales, que el gobierno no es proclive, ni siquiera simpatizante, al comunismo.

Por ahora, en estos tiempos que corren, no se usará la represión contra los intentos democratizadores en el país, sería agudizar las contradicciones y perder la carta de estabilidad, única garantía viable para el proyecto. Pero sí se usa la confusión deliberada para que, en todo caso, la inestabilidad se dé en el seno del movimiento de masas y, particularmente, entre las izquierdas.

La confusión ideológica ha sido patrocinada por el gobierno desde hace muchos años. Desprestigiar a la izquierda, principalmente a la comunista, es y ha sido una postura gubernamental ante la opinión pública. Nuestro gobierno, como todos los anteriores desde la revolución, y como la misma socialdemocracia, es anticomunista. El anticomunismo de los gobiernos posrevolucionarios y de sus portavoces oficiosos, coincide con el tono sutilmente anticomunista de la socialdemocracia internacional (nunca procomunista,

siempre anticomunista). Podría pensarse que esta es otra similitud, quizá involuntaria, con el reformismo socializante —que no socialista— de los herederos espurios de la Segunda Internacional. Aunque vale decir, el anticomunismo mexicano es más obvio.

Las recientes declaraciones de López Portillo, candidato del PRI a la Presidencia de la República, sobre la solidaridad nacional como una tercera opción, son un claro ejemplo de anticomunismo. Nos explicaremos mejor: cuando se habla de “solidaridad nacional” como una “tercera opción” y se manejan argumentos contra el imperialismo transnacional y contra la dictadura del proletariado, no se está diciendo nada contra el capitalismo que engendró, como consecuencia lógica de su expansión, al imperialismo. Carranza dijo lo mismo en su bando contra los movimientos de huelga en 1916: “la revolución tiene por meta la destrucción de la tiranía capitalista [no del capitalismo], y no permitirá la implantación de la tiranía de los trabajadores.”

Hablar contra las transnacionales, lucha coherente con nuestra realidad, no significa que se esté contra el capitalismo. Supone solamente una apreciación parcial sobre nuestros problemas nacionales y se soslaya, deliberadamente, que éstos son viejos y no exclusivos de la penetración imperialista. Ésta existe en México desde que fue colonizado, pero también existe el capitalismo nacional, al cual se debe, querámoslo o no, la mayor parte de las injusticias sociales y económicas. La explotación nacional, esto es, la que ejerce la minoría dominante sobre la mayoría dominada, no puede ocultarse con declaraciones contra las empresas transnacionales.

Solidaridad nacional, como tercera opción, significa en el contexto de las declaraciones, un llamado a la población a apoyar el modelo capitalista dependiente que priva en el país, y un emplazamiento a que las clases trabajadoras pospongan sus demandas democráticas e independientes en favor de tal modelo que, obviamente, no las beneficia, sino todo lo contrario.

Con este argumento se reprimió a los ferrocarrileros durante el gobierno de Obregón y a los tranviarios con Calles. De igual manera, entre 1939 y 1945, se hicieron privar los “intereses nacionales” sobre los de la clase obrera. Con semejante criterio, tres diputados priistas acusaron a Vallejo (23 de febrero de 1959) de ser agente del comunismo internacional y de traidor a la patria; Fidel Velázquez, acusó de comunistas a los dirigentes ferrocarrileros porque “no están de acuerdo con el presente régimen, sino contra él”, y en el gobierno de Díaz Ordaz, se acusó a los estudiantes de obedecer a intereses oscuros, ajenos a los de la patria.

Hay evidencias sin cuenta de declaraciones anticomunistas que se hacen recaer como estigmas sobre todo intento de reivindicación de las clases trabajadoras. En todos los casos, quienes han pretendido sacudirse el control antidemocrático de las organizaciones sindicales oficiales han sido acusados, bien de comunistas bien de instrumentos de potencias extranjeras, pero siem-

pre, de atentar contra la buena marcha del país y sus instituciones, producto "natural" —entre comillas— de la revolución de 1910.

Ni un extremo ni otro, ni capitalismo imperialista ni dictadura del proletariado, y menos aún socialismo o comunismo, son declaraciones con las que se están haciendo juegos de excepción en el terreno de la fantasía. "Democracia social", "economía mixta", "unidad nacional", "solidaridad nacional" son frases huecas que esconden, fundamentalmente, un anticomunismo del que han hecho gala nuestros políticos, gobernantes y dirigentes sindicales desde hace decenios. No es nuevo el fenómeno, como tampoco lo es comparar el fascismo con el comunismo, por el simple hecho de que a nuestros gobernantes les parecen extremos. En junio de 1933, la CGOCM, atacó al comunismo y al fascismo por considerarlos ajenos a nuestras tradiciones.

La imagen del comunismo, como corriente ajena a nuestras tradiciones más profundas, se ha manejado como un arma de defensa de su contraparte: el capitalismo. Fascismo, degeneración capitalista y comunismo, negación del mismo sistema burgués, son los fantasmas con que se quiere distraer a la opinión pública, para que no vea con claridad el significado del capitalismo que se defiende, y que, en los momentos actuales, tiene características de crisis profunda.

3 de junio

Octavio Rodríguez Araujo